

Ella, mi madre

Esther Seligson

La muerte de la madre, el asombro de la orfandad, su dolor permanente dan vida a este texto entrañable a medio camino entre la crónica y el relato.

Para Andrés Gutiérrez López

*Pour être juste envers
quelqu'un il faut voir les
choses comme s'il devait
justement mourir.*

Lettres à une amie vénitienne
R. M. RILKE

No sabría decir exactamente cuándo empezó a ron a desnudarle el alma.

Algunas tradiciones aseguran que cuarenta días antes del desprendimiento, el Ángel a cuyo cargo estuvo la custodia hace el primer intento franco de aproximación, suave, discreto, para no sobresaltar y crear angustias, máxime si el alma ha vivido veleidosa sin una clara noción de su destino y enamorada más de la cuenta de su divino estuche. Porque, eso sí, hay las que se aquerrecian de tal modo en el cuerpo que no pocos Guardianes han perdido el oficio ante la tozudez de ese soplo a abandonar el ánfora de barro que se le dio por albergue con la muy explícita advertencia de que habría de deshabitarlo a su debido tiempo. Y es entonces cuando, muy a su pesar, el Jefe de los Custodios es delegado y conminado a usar su guadaña. Ni modo: hay ánimas rejegas que por más que ya vengan avisadas una y otra vez repegan su esencia a la sustancia como moscas a la miel.

No fue ése, por fortuna, el caso de mi madre.

A Ella le fueron desanudando el alma de a poquito en poco. Bueno, en realidad, yo tomo en cuenta nada más sus últimos ciento veinte días, pues de pensar en las semanas que se hicieron meses que se hicieron años de deterioro paulatino e irrefutable, el asunto del desencantado del alma ya no fue tan despacioso. Sin embargo, sé de buena fuente que ahí sí los Ángeles Guardianes no meten baza. Para la cuestión de las enfermedades cada ser huma-

no se pinta solo, cada cual escoge su muerte, ya lo dijo el poeta, según el gusto de su vida. Y en gustos se rompen géneros, no cabe duda. Un ejemplo: mi madre se sabotó el gusto de viajar, que era apasionado e intenso, y si acabó por dejarse atrapar las piernas en la cama no perdió con ello un ápice de su pasión que aplicó en preparar concienzudamente el trayecto del gran tránsito final.

Yo creo que ese gusto le venía de sus casi siete años cuando cruzó desde algún puerto de la Rusia aún zarista el océano grande, o porque, sin mucho especular, simplemente conservaba el recuerdo vivo de sus múltiples recorridos anteriores. Según consigna Platón, las ánimas que van de pasaje hacia su futura reencarnación escogen por sí mismas el género de vida que habrán de vivir, y, responsable cada cual de su elección, han de atravesar el llano de Leteo bajo un calor abrasador y pernoctar a orillas del río Ameles de cuyas aguas poco han de beber so pena de perder por completo la memoria del destino que libremente eligieron.

Era la suya un alma traviesa, perezosa y con una insaciable curiosidad que de por su misma indolencia dejó inconclusa en mil y una minuciosidades, como quien se la pasa garabateando itinerarios, planos, cartas, y ni se embarca, construye o escribe. Ah, pero eso sí, era incansable en apiñar y hacer acopio de materiales, en caso de que las cosas se dieran del modo en que lo imaginaba. Tal vez por eso tampoco tuvo noción del tiempo de los relojes y calendarios. El suyo fue un ritmo moroso y cantabile enamorado de la música y del grandioso mundo de la ópera, paraje que la embaucaba y donde nunca escatimó incursiones y despilfarros. Ahí, en ese mundo de maravillas, se prodigaba su ansia de vuelos, de boato, de sensualidad. Ahí su ensoñación inmensa se eternizó ebria de anhelos y quimeras.



Puebla, siglo XVIII



Puebla, siglo XIX

Por eso imagino que a su Ángel Custodio no le habrá costado demasiado desanudarle el alma ya de por sí cantonera. O a lo mejor fue todo lo contrario: que no había forma de apearla del barco por las buenas y entonces hubo que irle royendo el casco de a picaditas, rozándolo como a los puños de una camisa, hasta que se le hizo ralo ralo y no tuvo más remedio que desertarlo y permitir que se hundiera, majestuoso Titanic, en las aguas del silencio y la nada. De hecho el cuerpo no tomó tierra sino tres días después de que exhalara el último suspiro.

Hay quienes dicen que nacer es levar anclas, y morir llegar a puerto, imagen bastante común que no toma en cuenta las etapas intermedias, a menos que esas, llamémoslas islas, sean ya una suerte de avisos providentes por aquello de *mors certa, hora incerta*. Islas entonces habrían sido en el caso de mi madre, las enfermedades, las intervenciones quirúrgicas, los sueños premonitorios, a manera de encuentros rituales con un misterio de por sí impenetrable. Retrospectivamente pienso que, en ese aspecto, Ella fue un navegante privilegiado, pues no se escatimó ninguna de esas tres escalas, aparejadas siempre las velas, igual que los guantes, la estola, la bolsa de chaquiras y los binoculares para las noches de gala, el teatro (que sí compartía con mi padre) y las bodas. Ducha en

maniobras para huir de lo cotidiano —pese a considerarse muy práctica—, no vaciló en estragarle las estructuras al navío con tal de a lo mejor dilatar el arribo perentorio, concluyente.

Antes de esos últimos ciento veinte días que mencioné, le preocupó el Infierno, así, con mayúsculas, más como un concepto que como un lugar de extravagancias literarias y / o cinematográficas a las que era muy dada por aquello de que se crió entre las viejas calles del antiguo Centro en el flujo efervescente y móvil de las creencias populares ajenas, por otra parte, a las de su entorno familiar judío. Freud habría detectado alguna culpa oscura en ese temor al “castigo” que Ella no veía muy claro en qué podría consistir si se tomaba en cuenta lo mucho que, según su criterio, había ya sacrificado a cuenta de su libertad en aras de su esposo y sus dos hijas. Le apostó pascalianamente a la existencia de un “más allá”. Águila o sol, el *quid* no estaba en si Dios es o no es, está o no está, existe o no existe. Creía, por supuesto, a su modo, como cada uno de nosotros cree a su arbitrio. Era, además, una excelente jugadora de baraja y cuando le “latía” iba su resto íntegro en la apuesta (aunque a veces igual entregaba íntegro el pozo), así que no es de sorprender que, frente a la incertidumbre

Para la cuestión de las enfermedades cada ser humano se pinta solo, cada cual escoge su muerte según el gusto de su vida.

y sin mucho devanarse el seso (era soñadora mas no metafísica), creyera, no por razonamiento o inspiración, sino por costumbre de niña que cumple con sus deberes, menos por aplicada que por no tener problemas que le quitaran espacio para sus ensoñaciones.

En qué medida entrábamos mi hermana y yo en ese espacio, lo ignoro. Todo lo que a sí misma se permitía era tabú para nosotras semienjauladas entre leyes a cual más arbitraria “por nuestro bien”, aunque reconozco que la rigidez se deshielaba cuando de fiestas, espectáculos y paseos era cuestión. Por lo común no aflojaba la rienda. De ahí a suponer el trabajo que pudo costarle al Ángel desanudarle el alma hay un paso, pero, caras vemos corazones no sabemos. Lo que pesa el pájaro en la punta de una rama, se dice, es la carga que para el cuerpo representa ese hálito imperceptible sellado con cuarenta y nueve (aquí el número varía según las tradiciones) signos cada uno de los cuales representa una puerta por cruzar en el tránsito de retorno a las fuentes originarias. Otras versiones aseguran que en la cuarta hora después de la medianoche, serpientes en la proa del barco lanzan llamaradas para iluminar los secretos caminos por donde ha de pasar el alma que, transformada ya en estrella, aparezca la primera en el cielo con la claridad del alba. Tal vez Ella ya sospechara que la puerta se abre hacia todos los horizontes y que el camino hacia arriba y el camino hacia abajo es uno y el mismo.

Había visto demasiado cine, y el *Orfeo* de Cocteau, por citar un ejemplo, fue su reincidencia favorita. Una suerte de horizontalidad vacía donde tanto da ir hacia adelante o hacia atrás, al frente, a lo alto, a lo bajo: bilocación más que ubicuidad. No tengo ni idea, sólo sé que cuando Adrián realizó su machincuepa desde el onceavo piso su cuerpo cayó intacto, y por abstruso que suene no hubo una gota de sangre en el piso, es decir que ascendió y descendió simultáneamente. Pe ro ésa es otra historia y aquí se trata de la de mi madre que entró en trance (“estado alterado de conciencia”, según el diccionario) ciento veinte días antes de su muerte física, trance que la transformó, de la cotidiana Doña Mari, en la profética Miriam hermana de Aharon (literalmente), sin ningún Moisés a la vista, por lo que tuvo que arreglárselas sin rocas ni bastones para sacarles agua milagrosa, y lo mejor que le sucedió, amén de recuperar su lengua natal que desde su llegada a México jamás volvió ni a mascullar, fue empezar a repartir sus pertenencias,

lo cual podría parecer *normal* pero el caso es que Doña Mari, como le decían cariñosamente (no en el medio judío donde conservó su diminutivo ruso Maña), negaba la impermanencia en su afán por atesorar toda clase de chácharas y cachivaches pues, a pesar de su buen gusto y sentido estético, se dejaba seducir por lo banal y accesorio y se aferró desde siempre con una fe y una devoción dignas de mejor causa a cada una de sus COSAS, fuesen chicas, medianas o grandes, nuevas, usadas o viejísimas, y no en unidades sino, a ratos, por docenas, o dobles, “por si se gastan”, “por si se rompen”.

Si creía o no en la inmortalidad del alma o en su reencarnación nunca lo explicitó pues lo que le preocupó durante esos ciento veinte días fue deshacerse de esas COSAS, no le fueran a lastrar “el paso” o fueran a ser objeto de “castigo” que eso sí le aterraba sin precisar nunca qué tipo de castigo creía merecer si no se “portaba bien” en sus últimos días, aunque hoy me es claro que “portarse bien” de pronto significó *limpiar*: clósets, cajas, cajones, maletas, casi casi como metáforas de su propio cuerpo. Ahora que, genio y figura hasta la sepultura, hubo COSAS de las que afirmó categórica y con tono admonitorio “eso ya lo tirarán después de que me muera o a ver qué hacen”. Que su alma iba a presentarse ante Dios para ser juzgada según sus actos no lo dudaba ni



Origen desconocido, siglo XVIII

tantito, por ser judía —*creía*, con todo y sus aliños cristianos—, hija de padre moscovita observante, y de madre ucraniana fervorosa de toda la posible maraña de supersticiones habidas en el imaginario folclórico judío. No exagero, y hasta puede ser que me quede corta, pero ésa es también otra historia. *Limpia*r para disipar las fronteras entre el bien y el mal, así, con minúsculas, sin grandes dilucidaciones éticas o metafísicas, como si dijéramos de un alimento si hace o no hace daño, entre la disyuntiva de si seguiría siendo la misma “Allá”, ese yo cotidiano suyo parpadeo de sombras, o si por fin se reintegraría a su Ser verdadero, Yo-divino-chispa-de-luz, y ser Uno con Él.

Pienso que lo que en realidad la consoló fue la esperanza de una nueva oportunidad para escoger mejor otra forma de vida, otro cuerpo, deshacerse de sus angustias y de su latente temor, ese mismo apremio ansioso con que abría la puerta en las dos noches del *Seder*, casi al final, mientras su padre alzaba la copa especial con vino

invocando la presencia de Elías —no fuera de verdad a encontrarse del otro lado esperando entrar a compartir con nosotros la cena conmemorativa del Éxodo. Tal vez su presente le cerrara cualquier posibilidad de abrirse una ventana al futuro y dejó de pensar en lo que aún “podría ser”. ¿Es eso perder la esperanza? ¿Se dio por vencida Ella, que tenía un innato amor por la vida del que, por cierto, carecía su marido y, de rebote, nosotras, sus hijas? (¿O dónde, en qué parte de nuestro trayecto, lo extraviarnos?). Temor a que, independientes, las sombras de sus miedos surgieran en cuanto cayera la Noche.

La inercia de su cotidianeidad le había ocultado el flujo constante de ese “algo más” que algunos llaman Dios, pero cuando ahora sí *de facto* se le abrió el cielo en aquel trance de finales de año, ese fluir se le hizo claro de nuevo, tangible, y eso la volvió *visionaria*; digamos, al grado de que, entre otras certezas, veinte días antes de su tránsito, supo que su único hermano, Aharon, tres años menor, la había precedido y parecía estar esperándola.

Descoyuntada su paz interior entre las urgencias de su cuerpo terreno y los anhelos de libertad de su alma, empezó a derivar hacia tanto tiempo muerto de sobra grabando incansablemente —y eso ya algunos años antes de irse y quizá para compensar el endémico mutismo, no por ello menos agresivo, de mi padre— de los canales televisivos programas de música, de ópera, viejas películas de cine, anotando recetas de cocina, consejos de belleza, recortándolos de periódicos y revistas. Tanto tiempo perdido que le faltó tiempo para releerlos y llevarlos a afecto. Igual el gasto de horas y horas con sus videos y cassettes que fui a depositar religiosamente al bote de basura cuando hubo que poner orden en el inmensurable caos de papeles, bolsas y un mil diferentes clases de contenedores donde conservó y acumuló durante años que se hubieran dicho siglos desde boletos y programas de espectáculos, invitaciones, cartas que no terminó de escribir y otras que recibió, postales, fotos, itinerarios de viajes que nunca realizó, cuentas de banco, de tiendas departamentales, felicitaciones del Día de las Madres de cuando íbamos a la escuela mi hermana y yo, sus viejas credenciales de la Vocacional 4, de la Escuela de Artesanías, hasta sobrecitos con azúcar, palillos de dientes, muestras de shampoo, propagandas de ofertas y rebajas, llaveritos, dijes, etiquetas, alfileres y seguritos, dedales, botones, lijas de uñas, libretitas, monederos, en fin que el inventario llenaría más páginas que las del directorio telefónico con todo y Sección Amarilla, y no tiene caso salvo porque resulta que mi madre nunca encontraba justo lo que era necesario en un momento dado, ni documentos ni números de teléfono ni esa maravillosa receta que sacaría a la cocinera del apuro en que la petición de un platillo diferente distrajera del tedio que a mi padre le provocaba cada vez que le ponían enfrente el guiso y elevando los ojos



Origen desconocido, siglo XVIII

al techo recitaba “la misma estrella en el mismo cielo”. Quizás Ella pensara, me digo, que algún día, si lograba ordenar ese mundo de recuerdos y memorias, y que siempre prometía hacer, encontraría el sentido, el propósito de su existencia, el de haberla vivido, y recobrar su alma niña, pícara, inocente y traviesa.

“Son los resultados de tanta *mofina*”, sentenció juicioso Andrés, su doctor de cabecera, nieto de una probada chamana. Pero él prefería atenerse a la lógica de los hechos científicos. Habrá sido el sereno, el caso es que mi madre al inicio de esos ciento veinte días, vio tan claramente su entierro que me suplicó no hiciera nada a las prisas, pues quería tener mucha gente a su alrededor, y sol, y alegría. ¿Cómo, según las leyes de la lógica, iba nadie a saber que se presentaría la disyuntiva de enterrarla inmediatamente, dado que se fue una hora antes del inicio del Pesaj (¿habrá venido Elías en persona a abrirle Él la puerta a Ella?), o que su caja con el cuerpo dentro aguardara en el cuarto refrigerador adecuado en una de las sinagogas al efecto? Pues esperará los tres días, dije. Y la vestimos con sus pijamas más calientitos y le cubrimos los pies con dobles calcetines. Siempre fue friolenta...

Conforme su cuerpo perdió densidad, gravedad y espacio, sus ojos y su piel se fueron rejuveneciendo hasta adquirir un resplandor infantil, una textura marfileña el rostro, una transparencia de agua cristalina el azul esmeraldado de su mirada. ¿Se fue vaciando de sustancia, es decir, de tiempo? ¿Había tocado esa Sabiduría que precede a la materia y a la propia energía que todo lo impregna? Tal vez se fue entregando a la conciencia de ser *ella misma* para poder ir hacia ese oleaje más vasto que el dolor de su cuerpo consumido.

Abril 21, 1997

A quien corresponda,

Por este conducto solicito atentamente le sea entregado un acta de defunción al portador para extenderla a nombre de Sra. María Berenfeld de Seligson

Edad: 75 años

Fecha y hora de muerte: 21 Abril '97, 13:25 hrs.

Causas:

- 1)choque séptico
- 2)gangrena de escaras
- 3)osteomielitis crónica
- 4)cor pulmonale crónico

No, no ocurrió así textualmente: yo escuché sin el menor lugar a dudas cómo el mecanismo de su corazón fue haciendo cada vez más pausados los golpes de sístole y diástole cual péndulo de reloj —imagen que viene muy a punto dado que mi padre era relojero y, en ese momento, en otra habitación de la casa, totalmente ajeno— hasta que se detuvo el vaivén con un simple “*trac*” claro,

preciso, seco. Ni espasmos, ni estertores, ni siquiera un suspiro. Creo que dejó de respirar mucho antes de que el corazón cesara de latir, pues el hálito de vida, ése que llaman *alma*, ya se había seguramente integrado a su origen divino y dentro de la osamenta sólo quedaba el vacío, la roca de Sísifo detenida en la cresta de la montaña, ingravida.

Mi padre, profundamente ofendido porque Ella había logrado atreverse —y sin culpa alguna— a dejarlo a solas consigo mismo, no quiso ir al entierro que fue, en efecto, festivo, concurrido, alegre. Y qué bueno, pues su humor taciturno, su enojo manifiesto y la estorbosa silla de ruedas en la que hubiésemos tenido que sentarlo, habrían echado a rodar la levedad con que se inició ese viaje por Ella tan deseado, libre, libre por fin de cualquier atadura, tal como lo vio. Nada opacó la luminosidad húmeda, suave, el resplandor con que su Ángel Custodio nos consolaba a todos por igual bajo sus alas... **U**



Ciudad de México, 1960